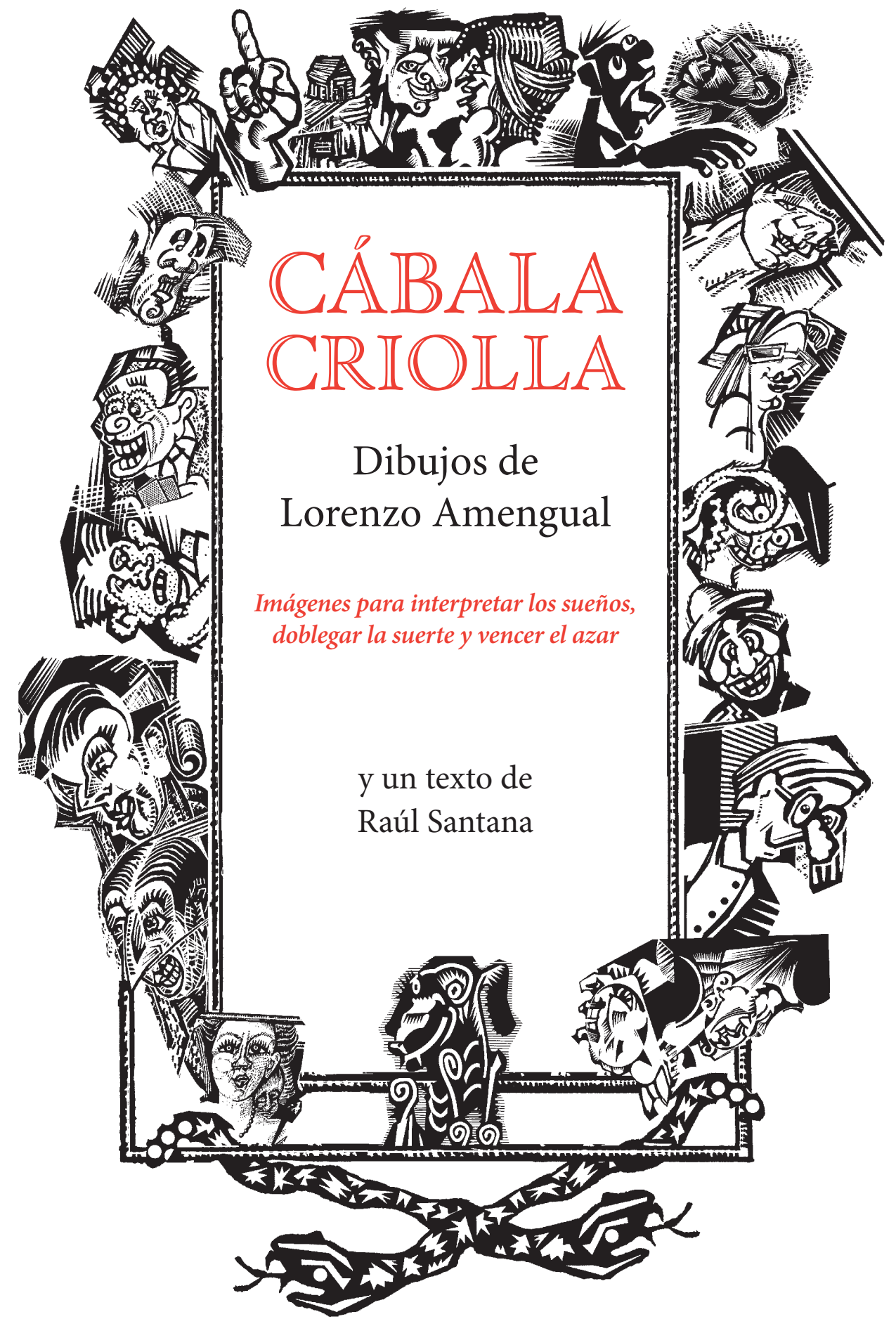




CÁBALA  
CRIOLLA



# CÁBALA CRIOLLA

Dibujos de  
Lorenzo Amengual

*Imágenes para interpretar los sueños,  
doblegar la suerte y vencer el azar*

y un texto de  
Raúl Santana

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

**Rector**  
Mario E. Lozano

**Vicerrector**  
Alejandro Villar

 Universidad  
Nacional  
de Quilmes  
Editorial

Bernal, 2014

# Contenido



La <i>smorfia</i> adulterada . . . . .	9
Confesión curricular . . . . .	.11
Nota al lector . . . . .	.12
Cien imágenes para cien destinos . . . . .	.13
La jugada de Amengual, <i>por</i> Raúl Santana . . . . .	215
Las series comparadas . . . . .	219



# La smorfia adulterada



*Dos puertas hay del sueño. Una de ellas de cuerno, según dicen, por donde se permite fácil paso a las sombras verdaderas, la otra es toda brillante como la lumbre del albo marfil resplandeciente. Por esta los espíritus solo mandan visiones ilusorias.*

La Eneida

## *In memoriam*

Ana María Pellegrín, *moça tan fermosa non vi en la frontera*.  
Miguel Ángel «Cachoito» de Lorenzi quien, como el flaco Abel que se nos fue, aún nos guía.



A Martín de la Colina, por los coloquios de Madrid y Bohadilla del Monte, continuados hasta hoy en Córdoba de la nueva Andalucía.



## *Agradecimientos*

Sin las observaciones, consejos y ayuda de muchos, este proyecto no hubiese nacido. Este libro debe su existencia a: Elena Torres, Carmen Amengual, José Martini, Víctor de Zavalía, Marta Dujovne, Julio Aranovich, Luis Tedesco, Félix Torres, Luisa Valenzuela, Julieta Leonetti, Bengt Oldenburg, Marcela Caruso, Daniel Maldonado, Juan Pablo Luppi y Javier Sosa.



En mis dibujos he incluido varias citas gráficas que refieren a los dibujantes que admiro, aquellos a quienes considero mis maestros, e interrogo sin suerte para intentar definir esa «materia oscura» que es el dibujo. Ellos son: Oski, Ungerer, Steimberg, Sirio, Páez, Divito, Palacio, Calé, Noé, Sergi, Hedelman, Scafati, Eguía, Sábat, Gramajo Gutiérrez, Berni, Bellocq y Facio Hebequer, entre otros.

Conservo una tarjeta calendario de 1985, tiene el formato de una estampa religiosa que promete el cielo. Me la regalaron en una agencia de lotería en Buenos Aires. Impreso en su dorso, muestra cada uno de los cien números que forman el universo de la quiniela acompañado por una palabra. Si el soñador encuentra en lo que la palabra evoca concordancia con lo por él soñado, puede identificar tras qué número se esconde la fortuna.

Mi ignorancia me hizo creer que esa técnica de adivinación era porteña, creada por nuestra gente. Viviendo en Berlín en ese tiempo, quizás por nostalgia escribí:

En Buenos Aires hay cien nombres que, al igual que un cuchillo, pueden perder o salvar a un hombre para siempre. Los necesitó el juego para existir. Nacidos clandestinos, cada uno de ellos esconde un número. Bautizados en el conventillo inmigrante e incorporados al hablar del hampa, se impregnaron del olor dulzón del anís prostibulario y el rancio de las fondas.

Fueron susurrados en voz baja por el turco y el napolitano, rezados por el gallego y el judío que apostaban su moneda para tratar de ganarle a la miseria.

Algunos de estos nombres son metáforas, otros descripción realista burda y canalla. Con cierta ingenuidad, sin poesía, este mensaje secreto no se debe descifrar, como lo hacían los augures leyendo el hígado de los toros sacrificados en la hecatombe, sino interpretando las pequeñas señales contenidas en las cosas vistas o soñadas. Cada número así descubierto, desata la fantasía de poder vivir la gran vida tras un golpe de fortuna y la contrasta con la verdad fatal pero esperanzadora del refrán que afirma: «pocos pobres lo consiguen».

En esta Pascua de 1990, en un Berlín oscuro y triste, mientras en casi todas los hogares se han puesto a florecer ramas de duraznero para celebrar el milagro de la Resurrección, yo, Lorenzo Amengual, hijo de la pampa gringa, comienzo a dibujar lo que los números de esta cábala criolla me dictan al oído.

Allí comprendí parte de mi relación con el dibujo. Me reconocí como un artista gráfico y un ilustrador. Acepté que para dibujar necesito saber que lo que he hecho va a ser impreso, reproducido, para que cobre sentido. En Berlín hice los primeros dibujos. Tuvieron

que transcurrir más de 18 años, ricos en experiencias movilizadoras como el rescate de la obra del ilustrador Alejandro Sirio, para que pudiese retomar y finalizar el proyecto en 2008, cuando concluí las cien figuras.

Dije que me había equivocado cuando le di identidad rioplatense a algo que, a fuerza de ignorancia, superstición y rejunte, habíamos hecho nuestro sin pedir permiso. La clave que une las figuras y los números es una creación colectiva de los napolitanos y una joya de su cultura popular: la *smorfia*. Esta antigua tradición adivinatoria ilumina lo soñado y guía al soñador a interpretar su destino afortunado. *Smorfia* deriva de Morfeo, el nombre del dios griego que protege tanto a los que duermen como a sus sueños portadores de mensajes.

Pero *smorfia* en idioma italiano significa gesto, mueca. ¿Y no son acaso muecas los movimientos que hacen las bocas cuando mascan con la desesperación del hambre instalada en las brechas de los dientes que faltan? La *smorfia* inmigrante, cuando llegó a Buenos Aires o desembarcó en Montevideo, no solo contrabandó la tradición para leer los sueños, también prestó su nombre para parir un sustantivo y un verbo lunfardo: «morfi» y «morfar», comida y comer. El «vamos a comer» se convierte en «vamos a hacer muecas». El habla popular rioplatense lo

redujo a «vamo qu' hay morfi, vamo a morfar, vamo...». Luego, Enrique Santos Discépolo, el hijo del napolitano que en 1910 dirigía la Banda Municipal de Música de Buenos Aires, incluyó esa palabra en los versos de un tango: «Cuando arrastres los tamangos / buscando ese mango / que te haga morfar» y creó una estrofa mítica, que Gardel sigue cantando.

La *smorfia* es un legado simbólico sincrético, mezcla de tradiciones ancestrales griegas, fenicias y cartaginesas, recopiladas y transmitidas por generaciones de sabios analfabetos. Este *I Ching* del Mediterráneo, llegó a América en los barcos, en la memoria de los transplantados y para sobrevivir —como ellos— debió transformarse. Con la ayuda de gallegos, ranqueles, polacos, charrúas y criollos se le agregaron en estos pagos los diez significados que necesitaban los noventa números del *Lotto* para renacer transformados en los cien de la quiniela.

A esta *smorfia* adulterada, manoseada, nuestra, la bauticé cábala criolla. Es mi deseo que estos dibujos, que también hablan de nosotros, puedan agregarle gusto al guiso del que formamos parte, un tanto reseco pero aún tibio, conservado en la cacerola salvajemente maltratada de nuestra Argentina, a la que hemos condenado al éxito sin piedad alguna.



## Confesión curricular



Nací en 1939, en Marcos Juárez, Córdoba. Empecé a estudiar dibujo a los ocho en la Escuela Provincial de Bellas Artes de Villa María.

Soy arquitecto y fui reconocido durante un tiempo como humorista gráfico de cierto renombre. Se me acabó el humor en los ochenta.

Sofocado el gracioso, sobrevivió el dibujante, disimulado en las imprentas tras el diseñador gráfico y el hacedor de libros. Tal abstinencia fue paradójica, ocultó al chistoso pero fortaleció al que observa.

Jamás dejé de reflexionar con pasión sobre el dibujo, desde hace años llevo mis ojos a engordar a los *feedlots* de Roma, Nueva York, Milán, Madrid y Berlín, y los he pastoreado a conciencia en el Museo del Prado y el *Kupferstickabinet*. También los asombré en el Cuzco, en Londres, Mendoza, Córdoba, Santa Fe y Asunción. Puedo dar fe de la verdad del refrán que dice: «quien mastica lo que ve, algo termina aprendiendo».

No voy a misa, pero soy de comunión diaria en los museos. Para opinar sobre la imagen, tras seis años de cavar en lo duro, logré desenterrar la obra olvidada del ilustrador Alejandro Sirio y después no pude parar de escribir, mi nueva vocación, y de dibujar, mi antiguo oficio, al que he complementado con la práctica del grabado.

Doy la razón a Paul Valéry y a Francisco de Goya. Al primero cuando afirma: «Los mejores ejercicios para la inteligencia son tres: hacer versos, cultivar las matemáticas y dibujar»; y al otro cuando escribió «aún aprendo» sobre uno de sus últimos dibujos, un pequeño autorretrato donde se representa como un viejo con túnica monacal, pelo revuelto y larga barba, apoyado en dos bastones. Tales afirmaciones no prueban que todos los dibujantes seamos inteligentes, ni que todos los viejos queramos aprender, pero marcan caminos para dar sentido a la vida. Si además hay en tu mesa pan, vino, algo de queso y quien los comparta contigo, ¿qué más hace falta?



## Nota al lector



La mayoría de los dibujos originales han sido realizados en tinta china negra sobre cartulina enyesada blanca, luego raspada con un punzón o configurados directamente, raspados en cartulina enyesada negra. Esta técnica se denomina esgrafiado o *grattage*. La cartulina enyesada fue un soporte muy utilizado por los ilustradores de la primera mitad del siglo xx. Permite producir imágenes de apariencia xilográfica, óptimas para la reproducción lineal fotomecánica. La producción industrial de cartulina enyesada se discontinuó a partir de 2002.

Las ilustraciones correspondientes a los números 07, 09, 11, 12, 27, 41 y 59 las materialicé recortando sus formas en papel.

Se ha complementado el sentido de las representaciones con fragmentos de letras de tangos y otras canciones populares, sin más intención que homenajear a sus autores.



## Cien imágenes para cien destinos



## El agua

O 1

*Era más blanda que el agua,  
que el agua blanda.  
Era más fresca que el río,  
naranja en flor.  
Y en esa calle de estío,  
calle perdida,  
dejó un pedazo de vida  
y se marchó.*





## El niño

02



*Si se salva el pibe, si el pibe se salva  
vas a ver la farra que vamos a dar  
si Dios no permite que el pibe se vaya,  
será fiesta patria en el arrabal.  
Traeremos los pibes de todo el contorno  
y así en una tarde repleta de sol  
llenaremos toda la casa de adornos...  
y daremos juntos las gracias a Dios...*

